Homilía Misa de Exequias de Mons. Héctor Aguer

Hoy, como Arzobispo de La Plata, me toca pronunciar esta homilía en la que despedimos al Arzobispo emérito, Mons. Héctor Aguer.

Podría haberlo hecho alguno de sus compañeros de ordenación, como Mons. Oscar Ojea o el padre Víctor Pinto; alguno de sus obispos auxiliares, como Mons. Antonio Marino o Mons. Nicolás Baisi; o bien alguno de los hermanos obispos que compartieron distintos momentos con él en la Conferencia Episcopal Argentina, como Mons. Carlos Tissera o el Cardenal Mario Poli.

Hoy, rezando, pensaba en algún primer encuentro con Mons. Héctor. Lo recuerdo en mis primeros años de sacerdote: yo estaba en las escalinatas de la Catedral de Buenos Aires, en una misión con la Virgen de Luján, y allí nos saludamos e intercambiamos algunas palabras. Mucho más acá en el tiempo, en diciembre de 2024, antes de venir aquí, lo visité en el Hogar Sacerdotal de Buenos Aires. Conversamos sobre la Arquidiócesis y, fiel a mi estilo, tomé apuntes; pero, sobre todo, destaco el profundo cariño con el que hablaba de su querida Arquidiócesis de La Plata.

Hace unas semanas pedí hablar con él por teléfono. Quería preguntarle por la venida del papa León y saber si iba a poder participar en alguno de los momentos previstos, pero me dijo que ya no tenía fuerzas para hacerlo.

En la Carta a los Tesalonicenses, el apóstol Pablo les dice a aquella comunidad y también hoy a la nuestra: «No queremos, hermanos, que vivan en la ignorancia acerca de los que ya han muerto, para que no estén tristes como los otros, que no tienen esperanza. Porque nosotros creemos que Jesús murió y resucitó: de la misma manera, Dios llevará con Jesús a los que murieron con él».

Y en el Evangelio según san Juan, Jesús le dice a Marta y a cada uno de nosotros: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?».

Hay dolor en el corazón de quienes conocieron de cerca y trataron asiduamente a Mons. Héctor. Es el dolor que brota de la amistad y del amor; el mismo que sintió Jesús cuando lloró la muerte de su amigo Lázaro. Pero no es el dolor de los que no tienen esperanza: nosotros creemos en Jesucristo, la Resurrección y la Vida. Nos sabemos peregrinos hacia la vida feliz del cielo, donde la alegría es siempre nueva.

Somos Iglesia, y «la Iglesia existe para testimoniar al mundo el acontecimiento decisivo de la historia: la resurrección de Jesús» (DFS, n.º 14). En ella, cada uno tiene que hacerlo según su propia vocación.

Volvamos con el corazón a la mañana de Pascua: «encontramos a tres discípulos: María Magdalena, Simón Pedro y el Discípulo a quien Jesús amaba. Cada uno de ellos busca al Señor a su manera; cada uno tiene su propio papel en el amanecer de la esperanza» (DFS, n.º 13). Y como ellos, también nosotros tenemos hoy la misión de proclamar: ¡Cristo vive y nos quiere vivos!

Tuve la oportunidad de ver una hoja manuscrita de Mons. Aguer con sus últimas recomendaciones para el momento de su fallecimiento. Allí destaco su entrañable referencia a su bautismo en la parroquia Santa María Goretti.

A propósito de esto, traigo un texto del papa Benedicto XVI en *Spe salvi*: «Quisiera partir de la forma clásica del diálogo con el cual el rito del Bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo. El sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: "¿Qué pedís a la Iglesia?". Se respondía: "La fe". Y: "¿Qué te da la fe?". "La vida eterna". Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para "la vida eterna". En efecto, ayer como hoy, en el Bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: no es solo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia. Los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna. La fe es la sustancia de la esperanza». (SS N° 10)

En el día del bautismo de Mons. Héctor se sembró en él la semilla del cielo, la semilla de la Vida eterna.

La otra referencia es al tema del perdón. En el espíritu del Padrenuestro —«Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»—, Mons. Héctor decía más o menos así: «Perdono a los que me hicieron daño y pido perdón a los que dañé».

Y en su epitafio pide poner como oración: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, apiádate de mí, pecador».

Seguramente, muchos de ustedes podrían destacar mejor que yo los numerosos dones que él hizo fructificar. Sin embargo, Mons. Héctor elige presentarse ante Jesucristo como pecador. Me vienen al corazón las palabras de santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz: «Señor, me presentaré ante vos con las manos vacías, porque todas nuestras justicias tienen mancha ante tus ojos».

En su ministerio pastoral, Mons. Héctor ayudó a muchos a llegar al cielo; hoy nosotros, en el misterio de la Comunión de los Santos, rezamos por él y lo acompañamos en su

Pascua hacia la casa del Padre. Que nuestra Madre, la Virgen, lo presente ante su Hijo, Jesús Resucitado.

Mons. Gustavo Carrara

Arzobispo de La Plata